

Esau Herrera Solís

Reseña sobre el libro de Luis Diego Cascante. (2011) *El otro Jesús*. San José: Antanacsis Editores.

El cuestionarnos una tradición que disponemos como verdadera y con toda la certeza de su realidad en nuestra cotidianidad y la cotidianidad de los que nos rodean, es un asunto incómodo y frágil para nuestra *visión de mundo*, pero si tomamos en cuenta que esta creencia involucra no solo nuestra percepción del mundo, sino la percepción de millones de personas en múltiples continentes (de Occidente hasta Oriente) y en múltiples épocas (desde hace más de dos mil años hasta al actualidad) el tema realmente se hace escabroso y muy sensible; por supuesto, *la visión de mundo* por lo menos Occidental, y sus múltiples tradiciones se pueden desmoronar en un abrir y cerrar de ojos ¿o quizá de páginas?

Para poder llevar acabo un cuestionamiento de este estilo se necesita, de un campo fértil y propicio, un campo donde la discusión y los argumentos son sus armas y no el fuego y el odio (bueno debemos hacer excepciones, porque el eco silencioso de un Nolano nos recuerdan la persecución de las ideas), y que mejor, que el campo de la filosofía para tratar de desenredar este tipo de problemas. A esto debemos sumar como batuta a la historiografía de nuestro lado para dejar atrás los fantasmas y mitos del pasado que perduran en el presente, ¿será este el mejor campo? y ¿la mejor estrategia? Esperemos que la invisibilización no sea la estrategia de olvido y desinterés, que tan normal se ha hecho en todos los ámbitos tanto académicos como teológicos actuales.

Para Cascante y como tesis principal de su trabajo, Jesús es un hombre, un posible *nazir* y un insurgente. Este personaje es visto desde diferentes lentes, tanto del pasado como del

presente, por ejemplo el del romano, el del secretario y el del investigador. El investigador se investigará en el papel del historiador que busca reconstruir el pasado desde el método histórico crítico y la exegesis bíblica. Aclaro que son plétoicos los temas abordados por Cascante desde diversas perspectivas como las teológicas, las exegéticas bíblicas, lo referente a lo histórico y filosófico, pero por cuestiones de extensión procuraré trazar un hilo por los argumentos principales de la obra.

1. En el primer capítulo de *El otro Jesús*, Jesús deja de ser mito para convertirse en historia o mejor dicho en una persona (en contraposición al mito o historia creada a partir de la interpretación teológica), por tanto, en un hombre de carne, sangre y también de hueso. Esto es lo mínimo que podemos pedir a un historiador cuando comienza una investigación, es decir, que su objeto de estudio haya existido (haciendo la salvedad del caso en el que punto final sea afirmar o negar la existencia de un presunto hecho histórico). En este caso en específico por el criterio histórico crítico de *atestación múltiple* se colige que Jesús fue un personaje histórico, uno entre todos los mortales como otro mortal más.

La consecuencia de tal situación es que esta figura desafía las bases de una Iglesia, que olvida muy rápido y crea con mayor rapidez lo que necesita para sostener y fundamentar sus ideas. Cascante sostendrá en las primeras páginas de su libro dos puntos esclarecedores de *El otro Jesús*. Por un lado determina a Jesús como un galileo que forma parte de una agrupación armada apocalíptica (organización continuada en tiempos de Jesús por Juan el Bautista), y macabea y por otro lado, el tema del estatuto de

la divinidad de Jesús como fruto de la interpretación de la comunidad creyente.

2. En tiempos de Poncio Pilato, los castigos funcionaban para hacer pagar al delincuente por su acción y como ejemplo para persuadir a la comunidad y sus miembros para no cometer el mismo delito. En la actualidad los castigos funcionan de la misma manera. La *mors aggravata* era uno de los tantos castigos aplicados en la época del imperio romano, quizá el castigo más fuerte de todos, impuesto a los hombres libres por delitos de gran gravedad. El castigo impuesto en el ámbito de la *mors aggravata* consistía en tres posibilidades: crucifixión, muerte por hoguera o ser arrojado (a) a las fieras en el circo (todo un espectáculo en su momento). El tipo de delito que el derecho romano tipificaba, para impartir una pena de esta gravedad, era o la sublevación popular (o el acto de instigar a la misma) o por delitos de lesa majestad, entre otros. Para Cascante, Jesús encabeza un movimiento de sublevación contra el Imperio, en pro de la liberación del pueblo judío, abarcando varias acciones o maneras de liberación como detener el pago de tributo (impuesto) al Cesar y la autonomía del orden político romano. Las dos acciones son consideradas elementos de sublevación popular, muy peligrosas desde la mira del Imperio Romano, el cual permitía llevar a cabo la vida normal de los pueblos nominados si estos se subyugaban a la estructura política-económica romana.

Por lo tanto, Jesús es entendido como un insurgente (un *lestái*) desde el punto de vista de los romanos, y como tal su castigo debe ser tan fuerte para que sea ejemplar, desde el comienzo de su proceso hasta el final del mismo. Es por ello que su juicio, si se efectuó, fue a puertas cerradas sin testigos por parte del acusado, sin la posibilidad de voto alguno por parte del pueblo para elegir el destino del acusado, todo esto implica que lo que se sabe del proceso o es una especulación o una interpretación de rumores. En lo que respecta a su crucifixión se llevo a cabo de forma pública, pero sin posibilidad de encontrarse muy cerca del sentenciado (tan cerca como estar debajo de la cruz o en su proximidad, por prohibición romana), sin embargo, sí lo suficientemente cerca para

entender el sufrimiento del castigo antes, durante y después de su muerte. Su cuerpo posiblemente sepultado en un osario (sepulcro) común, administrado por las autoridades municipales de Jerusalén, o todavía peor, dejado en la cruz acechado por el hambre de aves carroñeras, quizá, posteriormente bajado y comido por perros, todo esto con el fin de elevar la persuasión en la comunidad y especialmente en los seguidores y miembros del movimiento insurgente.

3. La tercera tesis que enarbola Cascante, consiste en la visión que tenían el grupo de seguidores acerca de Jesús. El autor afirma la existencia de una relación que Jesús tuvo con un grupo armado autodenominado *Macabeos*, grupo continuado en época de Jesús por Juan el Bautista, una resistencia anti-romana ubicada fuera de la guarnición romana en Jerusalén, pero lo suficientemente cerca a las murallas de la ciudad como para llevar a cabo su fin de poder realizar ejercicios militares. Se encontraban ubicados en la cercanía del monte de los Olivos. Para este grupo insurgente, la figura de Jesús es la de un *nazir*, un consagrado por voluntad propia, es decir por voto, considerado como santo y con un comportamiento particular, que le prohibía cortarse el pelo, beber vino y tocar cadáveres. El voto era emitido con un objetivo concreto, sea religioso o político o ambos, lo que calza con la idea de un movimiento de resistencia político-religiosa contra los romanos, considerados como los opresores de la casa de Israel.

Por lo tanto, Jesús sería a lo sumo un profeta, no un Mesías davídico de estirpe real, el papel de los milagros atribuidos a él, son interpretados como signos, con el fin de mostrar el significado histórico del Reino de Dios. De esta manera Jesús deja de ser *Jesús de Nazaret* (queda en tela de duda la existencia de este lugar en el antiguo Israel) y se convierte en *Jesús el nazoreo* (dejo de lado toda la exquisita argumentación filológica y exegeta bíblica para considerar a Jesús un *nazir*), es decir, *El otro Jesús*.

Ahora bien, Jesús es el líder espiritual de esta agrupación, que creía que Dios iba a culminar la liberación del pueblo oprimido, antes de la llegada del Reino, que no es otra cosa que el reinado de Jerusalén sobre sus opresores romanos

